

la crisis se origina en los años 40

Por debajo de todo aquel mundo de palabras grandiosas, que proclamaban la restauración de los ideales y valores medievales y barrocos, que se expresaban en sonetos perfectos de forma y vacíos de contenido, o en poesías que imitaban los versos de San Juan de la Cruz sin tener su ímpetu vital, o en monumentos de piedra que trataban de restaurar el austero perfil de Herrera, sin tener su peso y su tensión, había un pueblo silencioso que sufría. Luis Martín Santos ha acuñado la palabra precisa que define aquel mundo: era un “tiempo de silencio”.

La generación que nace a la vida histórica en aquellos años, aquellos muchachos que en los seminarios escuchaban en el comedor la lectura de la “Historia de la Cruzada”, va a ser una “generación del silencio”, que va a vivir cruzando estos treinta años como una larga marcha callada. Sus experiencias, a veces abismales, no se van a poder expresar. Pero el caminar de aquella generación inicia un proceso de crisis y de puesta en cuestión de los modelos ideológicos que trataron de imponerles.

Al principio aquellas almas adolescentes aceptaban esos moldes; no había nacido todavía la vida personal con su original capacidad crítica de enfrentamiento con lo real y se identificaban con las figuras propuestas; no había posible término de comparación y la continua actividad condenatoria de todos los “valores modernos”, más la eficacia inquisitorial de la vigilancia, impedía toda posible grieta en el pellejo terso de la burbuja sentimental de la infancia, cerraba toda posible ventana que más allá de la palabra abriera a lo real.

Pero este proceso de crisis se va a iniciar precisamente por esa toma de contacto con la realidad, más allá de las palabras, por esa penetración en lo profundo, más allá de la superficie, a través de la puerta del dolor. Hegel y San Juan de la Cruz coinciden en este primer dato que de la experiencia vital pasa a ser interpretación general del proceso del espíritu: el camino de la síntesis; es la crisis; es camino de la Luz; es la Noche; la puerta de lo Real es el dolor; el misterio de la Cruz nos da la clave de la vida.

Visto a treinta años de distancia, cuando de una sola mirada se percibe todo el inmenso camino recorrido en esta marcha silenciosa se va descubriendo el apretado contenido inexpresado de estos densos años, el proceso de la crisis vivida en esta extrema punta de Europa, en este país de la palabrería que recubre el alternar del grito y del silencio; es el proceso universal de la crisis de la Iglesia.

Para las almas que aceptan su reto la realidad termina por desvelar su rostro bello y terrible. "Lo bello es el comienzo de lo terrible, ese grado que todavía soportamos", decía Rilke en la primera elegía de Duino. Quizás el proceso verdadero es al revés de como lo ha designado el poeta checo: la verdadera belleza empieza después de lo terrible, para el alma que ha podido soportar su enfrentamiento.

Pero aquel cristianismo del neo-barroco de la España de los años 40, pura repetición de formas impuestas e incapaz de crear desde la originalidad de la vida ¿daba capacidad para ese enfrentamiento lúcido con la profundidad de lo real? ¿No mostraron al revés, los que aferrados a la letra y a la práctica de aquellas formas no supieron aceptar la gran crisis del Vaticano II, una curiosa ceguera para percibir lo real, una extraña tendencia para evadirse de él y desoír toda llamada de la vida en marcha, bien sea una "encuesta", un "método activo", o, simplemente, la voz callada o airada del pueblo?

La gran voz silenciosa de Dios, ese rumor inmenso de aguas de que habla el cántico de San Juan de la Cruz, habla también a través de todo lo real. Los datos de una encuesta, las experiencias aportadas por los métodos activos y la grande y ahogada voz del pueblo —entre el céfiro y el trueno— son trozos de realidad viva: son palabra de Dios.

Unos hombres de Iglesia encerrados en sus esquemas y no queriendo ver detrás de las palabras la realidad terrible, desnuda y bella dejaron de percibir ese rumor inmenso. Una Iglesia institucional encerrada en los gruesos muros de los palacios episcopales y romanes dejó de oír la poderosa voz del mundo, la gigantesca voz de Dios.

* * *

Pero toda aquella generación que aún estaba encerrada en los seminarios de los años 40 empezaba antes de percibirlo conscientemente a pasar, en sus almas infantiles y adolescentes, desde la reafirmación triunfalista de cruzada del neobarroco, cuya expresión ideológica recubría en aquel entonces todo el "espacio social externo" (desde la escuela hasta la Universidad), al gran silencio nocturno del pueblo. Empezaba a percibir así el "silencio histórico". Esa inmensa voz silenciosa de la base real, que resuena por debajo de la palabrería de superficie de la superestructura. En su proceso de reflexión aquella generación española iba a "repetir" en una secuencia ultrarrápida el proceso del pensamiento de cuatro siglos. Así iría desde esta silenciosa voz reescuchada, redescubriendo la dimensión honda y callada que constituye la base de la historia: el pueblo.

En el decenio de los cuarenta no hay expresiones conceptuales de aquella realidad silenciosa y dolorosa que vive el pueblo hambriento y

traumatizado: un pueblo que en lugar de alma tiene ya un gran hueco. Las arquitecturas conceptuales de la publicidad social de aquel tiempo, en prensa, revistas y pastorales, no expresan esta realidad, sino un fuego de artificio tejido de conceptos triunfales, imperialismos espirituales y restauraciones gloriosas. Cuando falla el concepto, hay que tratar de descifrar el significado de las expresiones elementales del pueblo, cargadas de simbolismos, como ha hecho agudamente Vázquez Montalbán en su "crónica sentimental de España".

En los seminarios, con esa inconsciente ironía y transparencia dramática de la adolescencia, cantaban los muchachos también el "yo tenía una vaca lechera" y el "pelona" (¡qué vulgaridad al lado de los bellos sonetos de la revista Garcilaso!, pero esa fealdad era el hálito real, el grito fétido de la miseria, de la falta de horizonte vital, de las contradicciones profundas y silenciadas de aquellos años terribles, que en el grito vulgar e informe al menos se expresaban y aliviaban tensiones a veces insoportables). Y era también el siniestro e inocente "Rascayú":

Rascayú, Rascayú
cuando muera ¿qué harás tú?
Tú serás, tú serás
un cadáver nada más...

Que luego fue prohibido también por la vigilancia inquisitorial. Y cuando alguien lo cantaba en aquellos colegios surgía el alma de buena voluntad escandalizada que decía: "No lo cantes, está prohibido, niega la vida eterna". Quizás aquel muchacho que cruzado de escrúpulos hacía esta advertencia, a quien la hacía era a su propia alma, almita débil que empezaba ya a aferrarse a las prohibiciones que le liberarían de tener que mirar la realidad como es y afrontarla personalmente. Porque la "Verdad de la realidad" —como diría Zubirí en sus conferencias del final de este período—, era bien dura y la espiritualidad evasiva de aquellos años no la supo ver. Una espiritualidad que no se encarna en el espesor de lo real y no lo asume, es incapaz de evangelizarlo: procede al revés de Jesucristo, que en la Encarnación y Pasión asumió el espesor y la profundidad del mundo —no quedó en una superestructura superficial y aparente, como pretendieron los docetas— como vieron en cambio claramente los padres: lo que no se asume, no se salva.

La situación del pueblo en general era de hambre, pero había también aquí diversos niveles y situaciones posibles. Los grupos privilegiados no la experimentaron tan agudamente (dejemos a análisis sociológicos futuros la percepción más exacta de estos niveles). Hubo también, como pasa siempre en estas situaciones sociales enfermas, quien se aprovechó de la miseria (aquí había toda la gama: desde el pequeño estraperlista que viajaba en el tren con su saquito bajo el asiento, expuesto a la cárcel, hasta el gran negociante del dolor ajeno que bien protegidas las espaldas iniciaba en aquellos años prometedores caminos de acumulación capitalista, clave de los futuros monopolios de los años 60 y 70).

La pequeña burguesía de las ciudades fue especialmente castigada por este azote del hambre y del mercado negro que entonces se llamaba "estraperlo", curiosa reminiscencia de lo que quedó del otro lado del muro del tiempo: la República. Hay un libro de Zunzunegui que refleja

esta situación sombría de la clase media, entre el hambre y la prostitución: "*Esta oscura desbandada*" (uno de los pocos documentos de aquella época). Fue terriblemente probada también la clase obrera, tanto la industrial como la rural, recibiendo heridas tras heridas, hasta quedar castrada y vacía.

Los campesinos pequeños propietarios lo pasaron también muy mal, pero en algunas zonas de Castilla tuvieron algo más de alivio. Eran partes donde abundaban las vocaciones sacerdotales, pero estos seminaristas iban a pertenecer a los niveles más azotados por el hambre y sus consecuencias: la enfermedad y la muerte.

De aquel gran silencio quedan unos cuantos interrogantes: ¿por qué en estas situaciones límites se mantuvo una disciplina rígida, pensada para organismos más fuertes que los de aquellos quebrantados cuerpos adolescentes? ¿Por qué no se les permitía incluso prolongar más las vacaciones, o tener —esto sucedió en algún sitio— vacaciones de Navidad? Pocas veces se discutió este problema, porque ni siquiera se concienció (era por otra parte una época que vivió de idealismos y no se planteaba problemas). Pero alguna vez se oyó este argumento: en sus casas lo pasan igual o peor. Respuesta que tenía muy poco valor: porque en muchas zonas —como hemos señalado antes— podían tener más alivio en sus casas. Porque al hambre se sumaba la tensión de un sistema de disciplina y de vida rígida, antipedagógico, lindando a veces con lo inhumano (sabemos de un seminario donde los muchachos desde que se levantaban a las seis de la mañana no tenían, según el reglamento, ningún espacio de recreo hasta después de comer). Este problema sí se pudiera haber planteado, analizado y tratado de resolver, cambiando las estructuras... Pero esta posibilidad estaba completamente fuera de la figura espiritual inmovilista de aquel tiempo: plantear problemas, cambiar estructuras... y el seminario con sus esquemas rígidos de encerramiento y separación de la vida era uno de los sistemas más intocables en la configuración vital y espiritual del tiempo. En aquellos años 40 se tendió más bien a acentuar los procesos de "separación" y "alejamiento de la vida" y esta dialéctica de la exterioridad idealista incapacitó para percibir la densidad real de la vida de entonces.

En una ocasión, al final ya de este período y cuando la situación, gracias a la ayuda de Argentina, empezaba ya a aliviarse algo, uno de aquellos muchachos preguntó a un "mayordomo", así se llamaban entonces los administradores, por qué, dada la situación de carencia y de debilidad generalizada, de hambre y enfermedad, no se permitía a los jóvenes ir a sus casas, siquiera durante las vacaciones de Navidad. El "mayordomo" aquél veía y comprendía muchas cosas, pero dada la estructura general del sistema poco podía hacer. Reconoció lo poco fundado de la situación. Una de las razones que se solían dar para ello era el cumplimiento de la norma de la Congregación de Seminarios, que desaconsejaba dichas vacaciones porque se podía perder la vocación...

Federico Sopena, en uno de los pocos documentos testimoniales que hay sobre esa época (1) recuerda la situación en el seminario de Vitoria y la contradicción entre el hambre latente de los jóvenes estudiantes y las comidas de diferente nivel proteínico de los superiores, y este cambio de nivel públicamente manifestado, como un hecho natural, en el

único espacio vivido del mismo comedor. Los superiores de aquel tiempo solían sentarse dentro del mismo espacio a un diferente nivel, que significaba la diferencia de nivel vital y más hondamente: la diferencia de nivel del pueblo a la Jerarquía, significada por el concepto de "dignidad sacerdotal".

Pero esta interesante particularidad, que ha descrito agudamente Sopeña, no era únicamente propia del Seminario de Vitoria. Esta "sombra" y "limitación" era entonces general y existía, como tipo de estructura vital, en muchas de las instituciones análogas de la península (y de las islas españolas).

Otro aspecto interesante y significativo de aquella situación era que "nadie se daba cuenta". Existía un hecho directo, vivido dramáticamente: el hambre de los muchachos y sus secuelas y el "cambio de nivel" en el régimen de comidas de los superiores, realizado públicamente "ante los ojos de todos". Nadie protestaba, nadie tomaba siquiera conciencia de ello (hay probablemente excepciones a este hecho; así en una casa de formación de una orden religiosa del Noroeste, los chicos, hambrientos, asaltaron la despensa y fueron expulsados).

Cuando se analiza esta curiosa situación se descubre mejor el punto de partida del proceso de crisis. El sistema represivo envolvía de tal forma la totalidad de la vida, el interior y el exterior, desde las almas hasta los cuerpos, desde el ambiente interno de las casas de formación hasta el espacio externo del pueblo, que el alma infantil o adolescente, con esa dolorosa sabiduría profunda e inconsciente, como la de los villanos medievales, percibía la radical inutilidad de toda protesta y prefería no enterarse siquiera.

El hecho que voy a contar ahora es de Zamora, pero una vez más no se trata de acusar un sitio o unas personas concretas; hechos análogos se pueden recoger, mientras quede tradición oral (2), por toda la península. Lo que hay que denunciar son las causas profundas, las estructuras vitales, los modelos ideológicos, los espíritus: para que el cuerpo visible de la Iglesia se cure de estas viejas enfermedades y *nadie pretenda volver a tiempos viejos que tienen demasiadas sombras para que vuelvan a proponérselos como modelos*. El alma infantil —como los animalitos del bosque— tiene sus defensas. Los seminaristas niños, mordidos por el hambre, al ir de paseo por el campo, robaron almendras y las comieron. Les tuvieron un mes sin desayunar y tenían que estar todos esos días un rato de rodillas de cara a la pared.

Cuando un muchacho se quebraba (tuberculosos, úlcera de estómago, trastornos del hígado, grave enfermedad nerviosa...), entonces se le permitía excepciones a la regla: entraba en una extraña categoría que en el Seminario de Madrid llamaban "candongos", que era mirada con una mezcla de consideración e ironía; no había aguantado la lucha contra la miseria; no era de la raza de Numancia. Se les trataba ya con excepciones, pero una vez más a nadie se le ocurría el plantear el problema de fondo: poner en cuestión la estructura misma: el reglamento rígido e inhumano o las abstractas e irreales normas de la Congregación y con-

seguir así, con un cambio fundamental de sistema, que la gente se rompiera un poco menos.

Tampoco se les ocurría esto a los “espirituales”, que en aquellos años hablaban mucho de “dolor” y de “victimación” (era toda la espiritualidad victimalista de la Escuela Francesa, que encontró entre nosotros, en los años cuarenta un terreno abonado, que permitió a las dialécticas, de visión negativa y separadora de la vida, dar de sí, en este país deprimido, todas sus posibilidades...). Pero estos espirituales, curiosamente, eran incapaces de percibir la situación real del pueblo: hambre, depresión, represión social... del cual era un simple reflejo la situación de los adolescentes de las casas de formación. Muchos de aquellos maestros espirituales participaban demasiado de aquella ideología triunfalista de cruzada, para poder percibir, por debajo de la palabrería, a realidad.

Algunos de ellos después, cuando en los años posteriores, ascendidos a puestos eclesiásticos más altos, entraron en contacto con militantes de los movimientos apostólicos que les traían sus problemas, tuvieron una dolorosa falta de comunicación. El militante tenía la sensación de que el señor con quien hablaba le escuchaba quizás con cariño, pero no entendía absolutamente nada de lo que estaba diciendo. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Qué extraña exterioridad de los sacerdotes a veces más espirituales a la realidad dura, espesa y real de la vida?

Esta “exterioridad” de los esquemas espirituales e ideológicos de aquella época con respecto al dolor real de un pueblo, de sus causas, sus formas y sus procesos, a pesar de hablar tanto del “valor del dolor” y de “victimación” etc., es un problema sumamente interesante y que habrá de ser analizado más hondamente, pues nos puede dar también una clave interpretativa para comprender la estructura de la crisis histórica de la Iglesia que significa el Concilio Vaticano II, y particularmente en este punto del ministerio: su naturaleza, estructura y vida.

La falta de comunicación de lenguaje, que perciben agudamente los militantes en España el decenio siguiente, está en la misma línea que la falta de sensibilidad para descubrir la situación real de un pueblo deprimido y reprimido en los años 40. Pero ¿dónde está la causa? Para que haya comunicación de lenguaje tiene que haber comunicación de vida. ¿Es posible esa comunicación de vida cuando se ha tratado de separar al sacerdote, desde su formación, haciéndolo crecer en otro mundo paralelo: el mundo clerical, con sus categorías mentales escolásticas y con su espiritualidad de distancia y negación del mundo? En aquellos años se vivió el proceso de la “separación” en sus formas límites que mostraban, en todo su relieve, las contradicciones internas de este proceso.

* * *

Esta “separación” es la clave más honda de la crisis actual:
unos hombres de Iglesia,
separados de la vida,
separados del Evangelio,
disociados en sí mismos,

vacíos...

Pero este mal es muy profundo
y viene de muy atrás.

Es la separación de la Eterna Fuente Evangélica
y de la Fuente de la realidad histórica en marcha,
que es uno de los caracteres de la Contrarreforma
que se exacerba en la Iglesia-gheto del siglo XIX
y encuentra su forma límite y paradigmática
en la situación
de la España
de los años 1940.

notas

- (1) *En defensa de una generación*, TAURUS, Madrid 1970.
- (2) Este es un punto grave: de las tremendas realidades y las absurdas situaciones que vivió el pueblo —y la Iglesia— en la España de los años 40 (de lo cual la situación de los seminarios no es más que un signo) apenas hay constancia escrita. Es un pedazo de historia recubierto. Es urgente la recogida de datos, el análisis en todos los niveles: ideológicos, espirituales, sociológicos, políticos, para que la verdad histórica recupere sus derechos por encima de la falsedad y el silencio.